iluminándolo. Nunca comprendió como aquella noche la simpatía que le inspiraba el despreocupado mozo. Estaba junto á él, separada tan sólo por el pequeño mostrador, en el tibio ambiente del cafetín, ya solitario, que se tornaba encantador al acordarse ambos del aire que barría la calle. Carrizales, á pesar de su curiosidad, habíase marchado á las ocho. Hasta ellos llegaba confusa, susurrante, la charla que dos sirvientes sostenían allá en el rincón. El gato, hecho un ovillo, dormitaba junto á la mano cariciosa de su ama. Estaban solos. El murmullo de su conversación, entrecortado por sonoras risas y declamaciones, sonaba acompasado en el recinto, haciendo rebosar de sana alegría á doña Filo. ¡Qué delicia gozar de las gracias del muchachote aquel, tan decidor y atrevido! Y estos pensamientos venían á la mente de ella, sin que los enturbiara el menor asomo de pasión; que tal alimaña no había roído aún el alma de la robusta patrona. Le quería porque sí, porque desde que le vió sentarse en una de las mesas de su establecimiento, hubo de experimentar por él una inexplicable atracción que nunca sintiera en su ya larga vida de viuda, y que la movió á darse por pagada de las deudas del poeta con una mueca, con una broma salida de los irónicos y pálidos labios.

Por eso había extrañado su breve ausencia, y le preguntaba ahora, sin abandonar su cara de pascuas:

—¿Y por qué no había venido, don Arsenio? Si es tan bonito charlar con usted, y tan gracioso, tan gracioso...

Reía, con su francota risa, con los enormes senos estremecidos, sin reparar en la súbita seriedad de Urízar.

—¡Por algo había de ser, doña Filo! ¿Sabe usted que mi padre me ha echado á la calle como á un granuja?

No; no sabía. A ver...

¡Pues nada! Que el pobre ranchero supo que los ahorrillos depositados en el arcón, los dineros á costa de tantos sudores enviados al bellaco de su hijo, iban á parar á restaurants y paseos, derrochados á manos llenas; que algún intruso le informó de que su retoño no llegaría nunca á *letrao* y sí á poeta, ó lo que es lo

mismo, á pillo, según los entenderes campesinos, y que, cerrando el bolsillo, marcó un «hasta aquí» solemne y testarudo. Y *consumatum est*. El tacaño del viejo no era de los que se dejan ablandar tan fácilmente; decidíase á perder á su hijo antes que al *letrao* que soñara.

Quedóse doña Filo muda de sorpresa. ¿Qué hacer?

—Lo que yo hice, mi querida doña Filo; gastar la última mensualidad y confiarme á la ventura, á la buena suerte.

—Pero, hijo...

No había hijos que valieran. Ni un sólo centavo quedó en el bolsillo del poeta. ¿Que cómo viviría? Del modo más sencillo; trasladaríase al cuarto de un estudiante amigo; daría un adiós á las alegres francachelas, y con permiso de la buena mujerona, continuaría visitando el cafetín, ya que se le tenía ciega confianza y la seguridad absoluta de pago.

Y guiñaba los ojos de una manera tan picarona y seductora, que doña Filo no tuvo empacho en responder:

—¡Ah! sí, don Arsenio. Mande usted aquí lo que guste. Luego arreglaremos cuentas...

Arsenio Urízar estrechó sus manos con efusión.

—Gracias, gracias. Descuide usted, que yo saldaré mi adeudo. Están en prensa los *Poemas salvajes*. ¿Eh, qué le parece á usted? ¡Los *Poemas salvajes!*

Extendía los brazos cual si anhelara abarcar el mundo entero con su obra, con aquel fruto de labor incesante, de noches pasadas de claro en claro y días de turbio en turbio. La jamona contemplábale boquiabierta, aturdida por la noticia. ¡La obra! ¡Iba á aparecer la obra, aquella esfinge de la cual el bardo hablaba con reticencias y misterios desde hacía un año!

Y los dos, esperanzados, prosiguieron su amistoso palique, allí, en el recinto saturado de tibias emanaciones, de un olor de pan caliente que abría el apetito. En la avenida había cesado el barullo. Alguno que otro simón arrastrado por flacuchos pencos, turbaba el silencio nocturno. En el escaparate, luminoso todavía, no asomaban ya las cabecitas infantiles ni los graves y severos rostros. Dijérase que ambos permanecían olvidados allá en

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

un lejano rincón del mundo, si el arcaico reloj, colocado entre espejos, no diese en aquel instante las diez, con el crujir de su maquinaria envejecida, y les volviera de pronto á la realidad.

—¡Las diez! Muchachos, cerremos.

Arsenio Urízar echó á andar calle abajo. Allá en su interior experimentaba una profunda satisfacción á causa de la acogida de la buena mujer. Ya tenía el pan seguro. ¡Ah! qué delicia sería pasear su libertad por las avenidas soñolientas; ir á su antojo por todas partes; respirar con fruición; entregarse á la vida de bohemia. Nunca como aquella noche se había creído más dichoso. Y era que su temperamento de muchacho libre, iluso, dilatábase al verse sin trabas. Alzado el cuello del saco, metidas las manos en los bolsillos, marchaba á pasitos, silbando entre dientes. Su principal objeto, al entrar de nuevo en *La dama blanca,* era ver á Eugenio para darle instrucciones acerca del cuarto que abandonara días antes. Y he aquí que en su cabeza de pájaro se había desvanecido aquel deseo, puesto que ni siquiera le vino á las mientes preguntar por su amigo. Ni por un instante pensó en llamar á la puerta del caserón. Conocía de sobra á las porteras para hacerlo. Por lo tanto, siguió su camino á lo largo de la acera, sobre la cual brillaban regueros de luz. Al cabo, dejóse caer indolente sobre uno de los bancos de la Alameda. Se estaba muy bien allí, en aquel sitio perfumado por las flores, hasta donde llegaba el ritmo caricioso de las hojas que caían. Ante él extendíase la ancha calle, muda entonces. Recostado en el respaldo, de cara al cielo, con el sombrero echado hacia atrás, semejaba lo que era: un soñador. Pero no se acordaba en ese momento de los versos, de sus *Poemas salvajes*. Cerebro perezoso, placíale no pensar, abstraerse del ambiente que le rodeaba. Y así, con los párpados entreabiertos, inmóvil, vió que una silueta, vaga en un principio, distinta luego, corría presurosa por la acera de enfrente.

Reconoció á Eugenio Linares, y levantándose de un salto, no paró hasta encontrarse á su lado.

—¡Ah! ¿eres tú, Arsenio?

—Sí, chico; buenas noches... Pero oye, ¿tienes prisa?

—No... no tanto...

Estaba agitado, sudoroso. En la notaría el trabajo era cada día más duro. Don Mauricio Orvañanos no le dejaba ir, desde hacía dos noches, hasta las diez. Aquello no podía resistirse, no, máxime cuando él no cobraba ningún sueldo.

Hablaba con precipitación, poseído de la cólera. En sus frases entrecortadas, en sus gestos rabiosos, el poeta descubrió el hambre de dinero que ahora asediaba á aquel mozo, antaño tímido y modesto. Aunque la amistad de ambos era la misma de otro tiempo, algo les separaba; un velo imperceptible primero, densamente opaco después, alejó sus almas. Y Arsenio observaba con curiosidad á Linares, como extrañado de la transformación lenta que advertía en el genio de su compañero, que de dulce y apacible habíase tornado áspero. Ya no era el mocetón cariñoso. Rodeado de fría reserva, no volvió á entregarse nunca á las sabrosas charlas de días mejores. Callado, meditabundo, pasaba el día laborando maquinalmente, comiendo apenas, deseando con ardor la noche, para precipitarse en casa de los Fernández. ¿Era que amaba más á Antoñita? ¡Quién sabe! Porque Antoñita tenía un color más pálido y una sonrisa más triste. En el fondo de sus ojos claros, cualquiera descubría la pena, una pena muy misteriosa y muy honda. ¿Entonces, la olvidaba? No, seguramente, porque si así fuese no le atraería tanto la escalera de peldaños resbaladizos que conducía á la vivienda perdida en la azotea.

Arsenio perdíase en conjeturas, desdeñando, por otra parte, saber la verdad.

Charlaron brevemente. El poeta rogó á su amigo que salvara del embargo próximo algunos libros y manuscritos. Era tiempo ya: los muebles, tan pobres, serían vendidos para saldar con pérdidas el adeudo de cuatro meses de alquiler que el propietario reclamaba. Y los amigos dijéronse adiós; Linares, turbado por la mirada burlona del otro, huyó rápidamente, mientras que éste se alejaba murmurando.

¡Pobre muchacho! No comprendía que era cruel al separarse así de un buen camarada, de un protector.

Ni la tristeza leve, ni la suave melancolía de la ausencia invadieron su alma, cuando, de pie ante la enorme puerta, luego de haber llamado brutalmente, escuchó los pasos del bohemio, que se perdía allá, á la vuelta de la esquina, no triste por la frialdad de su amigo, por su presura en marcharse, por sus palabras secas, sino irónicamente alegre, con esa alegría piadosa de los que sueñan y pretenden ver el mundo á través de la gasa tenue, sutil, del estoicismo.

Avanzó á obscuras en el patio. Por las rendijas de las puertas asomaban tenues rayitos de luz, y en el ambiente un tanto frío resonaban los cantos de las madres que dormían á sus niños, ruidos de vajilla removida, disputas veladas por los muros; todo ese murmullo de las casas pobres. En la vivienda del rincón, morada en otro tiempo de Clarita Ruiz, veíase en la penumbra del comedor abierto una sombra que se agitaba. De allí partía aquella canturria ronca, semejante á quejido, que hería los tímpanos de Linares:

Ya no volverá la ingrata...

Enfrente, la casa de los Gómez permanecía cerrada, sombría, como sumida en un abismo de somnolencia. No estaba allí, en la ventana, la enamorada de treinta años, esperando, atisbando la negrura del recinto en donde al cabo dibujábase la silueta del amante. ¿Para qué esperar?

Y aquellos recuerdos de cosas idas, aquel vaho de dolor y de tristeza que se esparcía en derredor, atormentaban el alma de Eugenio Linares. El también estaba triste, angustiado por una dualidad que le obsesionaba, robándole el reposo, la tranquilidad, el sueño. Por eso huyó, perdiéndose en las tenebrosidades de la escalera, sin percatarse de que tras del ventanuco del descansillo, dos ojos penetrantes, aleves, le seguían en su rápida ascensión. Al llegar á lo alto, al jirón de azotea iluminado por el pálido resplandor del farolillo, dos

brazos le estrecharon, al mismo tiempo que una risita cristalina, juguetona, le embriagaba, haciéndole suaves cosquillas en el pecho y en la barba. Aquel era el sitio de sus amores, el rinconcito escondido. El perfume que aspiraba era el de las rosas de Antoñita; el muro que se destacaba ante él, era de Antoñita también, porque evocaba el primer día de amor; el cielo, aquel cielo sin estrellas, opaco, traía á su mente, asimismo, el recuerdo gentil de la costurera. Todo lo que le rodeaba, todo lo que vivía en derredor de la vida muda de las cosas, hallábase impregnado del alma de ella. Sólo los brazos que le ceñían no eran los bracitos delgados, débiles, de niña, sino otros más mórbidos, más robustos.

Pero la inquietud que le poseía, el malestar que le impulsaba á mirar en torno con azoro, el remordimiento que ahogaba las palabras en su boca, desaparecieron bien pronto. Los brazos apretábanle con fuerza, estremecidos, y de los labios húmedos continuaba brotando la risa, con arrullos de fuente.

—¿Pero qué te pasa, Eugenio? Ni parece que somos cuñados. Cuñaditos, ¿eh?...

Linares no respondía.

—Pones unos ojos de tonto, que me dan risa... ¡Ji, ji!

Y reía, con risa burlona, mitad amorosa, mitad punzante.

—Buen mozo, ¿no dices nada á tu hermana?

—Sí, Lena; tengo que decirte muchas cosas. ¡Ay, si pudiera decírtelas!...

—¿Cosas de amor?—preguntó con malicia—. ¡Cuidado, pícaro! Se enojaría Antoñita.

Diariamente se repetía la misma escena. La chiquilla le esperaba en el último peldaño, rebosante de juventud y de frescura, charlatana, mareándole con el vaivén de ideas que revoloteaban en su cabeza de gorrión. Lentamente la confianza entre ellos había ida estrechándose, apartándose de los límites que marca un afecto puramente fraternal. Seducido por la alegría pilla, por la gracia y donaire de la hermana de su novia, Linares cayó en una dualidad extraña.

Al principio las bromas y familiaridades de Lena le

complacieron. Experimentaba simplemente una simpatía profunda, avasalladora, por ella, pero sin que esta simpatía le desviara de su amor á la primogénita. Hasta hubo vez en que la presencia de la pequeña le disgustase, porque le impedía gozar de los momentos de charla á solas con Antoñita. Después, la figura de Lena, su carácter aturdido y bullicioso, penetraron en aquella pasión, convirtiéndose en algo necesario, de que no podría prescindirse sin aminorar las delicias de las veladas en el comedor ó en la salita. Entonces fué cuando la chiquilla y él se encontraron en la azotea, en la ya lejana noche en que Lena desdeñara el empleo que le ofreciera Mad. Bernard. Pero aquello no alteró la indiferencia de Linares hasta más tarde, cuando observó que la moza salía á bromear con él en la sombra, dos ó tres veces por semana.

¿Por qué semejante empeño de verle á solas, lejos de las miradas de los ojos azules? No lo comprendía. Limitábase á atribuirlo á la natural llaneza de la chiquilla, á su genio travieso y cándido. Mas no tardó en convencerse de ese error, cuando, una noche en que Antoñita les sorprendiera, sin mostrar, por cierto, asombro, Lena afirmó con serenidad que él acababa de entrar, no obstante que el palique había durado media hora larga. Mintió con tal frescura, que Eugenio hubo de titubear para sostener su aserto. Pero animado, fortalecido por aquella carita de niña grande, respondió sin inmutarse. ¡Oh! Todavía recordaba sus palabras, aquel «sí, llegué hace un instante». Y la inocencia de Antoñita le hacía daño, le laceraba, al propio tiempo que un temblorcillo ligero le estremecía, y en su cerebro revolvíanse mil ideas confusas, opuestas, que chocaban sin producir la chispa luminosa, la verdad.

La caída de Clara Ruiz produjo un inmenso abatimiento en Lena. Acostumbrada á la amistad, á los consejos, á las máximas, al calor de aquella criatura, de la cual era, en realidad, un plano de reflexión, vióse de pronto sola, abandonada en el camino que empezaba á recorrer, encerrada en aquel hogar burgués y pobre del que, moralmente, se había alejado hacía mucho tiempo.

Se la vió silenciosa, abstraída, como si un pensamiento misteriosamente oculto la encadenase al mutismo, verdadero suplicio para ella, tan riente y vivaracha. Pasaron los días. La nube que empañó la sonrisa de sus labios sensuales, disipóse lentamente, como la niebla que se desvanece á la caricia de los rayos del sol. Su temperamento ardoroso, rebosante de voluptuosidad, propicio á los extremos, inclinóse de la frialdad profunda hacia el macho que aparentaba, á la verdadera adoración. La intimidad de Eugenio se convirtió en recurso necesario á su vana existencia. Y sin darse cuenta, sus palabras, sus gestos, sus miradas, perdieron el encanto fraternal que tenían, adquiriendo, en cambio, un tinte amoroso.

Eugenio Linares experimentó la sensación tenue, apenas perceptible, de aquella conquista lenta, pausada. Amaba á Antoñita, sin duda. Todavía sentía por ella el cariño tierno, respetuoso, mezcla de admiración y de idealidad. Pero un formidable grito de su carne excitada empujábale hacia Lena. Eran dos sentimientos opuestos que le martirizaban, que le poseían. Y lo que su singular estado de alma tenía de más doloroso, era que la chiquilla nunca le habló de amor, y reía como en sus buenos años, cuando él quería arrancarle una confesión. ¡Nada! Ni una palabra, ni un signo revelador. Le besaba, le estrechaba, se unía á él con estremecimientos de abandono; pero rehacíase luego, riendo como una loca, llamándole cuñadito pillo, sin importarle un ardite su turbación y cansancio.

La víspera, en la sala, en el instante en que Antoñita les había vuelto la espalda, á fin de recoger unas telas caídas en la alfombra, Lena se había inclinado, mostrando á Linares las ilustraciones de una novela que leía. Los cabellos de ambos se entrelazaron, confundiéronse sus alientos, y el mozo, al tenerla tan cerca, tan deseable, la besó en los labios, con suavidad. Fué un beso callado, traidor, allí, tras de la hermana que laboraba; un beso que enloqueció al chico, y que le hizo cobrar valor para encararse con la muchacha. Al despedirse de Urízar, un sólo deseo le obsesionaba: el de sa-

berlo todo. Y ahora, al tenerla en sus brazos, riente, melosica, la sangre fría que pretendía guardar para el instante supremo de la explicación le abandonaba. Su timidez, su vacilación, reflejábanse en el rostro angustiado, pálido, que bañaba el fulgor mortecino del farolillo.

—¿Qué te pasa, cuñadito? No eres el mismo de ayer —decía, fijando en Eugenio una mirada profunda.

No respondía. Las palabras se ahogaban en su garganta y una embriaguez infinita se esparcía por sus venas, ofuscándole. En la piel experimentaba cosquilleos punzantes, como si la sangre embravecida golpetease en su interior. Convulso, con el rostro enrojecido y los labios trémulos, la apretaba contra su pecho. Pretendía penetrar el secreto de aquellas pupilas obscuras, acariciadoras, en donde mil puntitos dorados chispeaban. Hubiera querido incrustarla en su cuerpo; aspirar hasta morirse el olor de carne joven que exhalaba; morderla hasta experimentar la sensación de las mejillas desgarradas por sus dientes; hundir su rostro en la cabellera negra y rizosa; robarle sus risas murmuradoras á flor de labio; hacerla suya, completamente suya, en un arranque de lujuria feroz. Pero su debilidad innata, la timidez que parecía acompañarle desde su nacimiento, le impedían saciarse, produciendo un oleaje brutal de encontrados anhelos, que estallaban con furia de mar tempestuoso en su pobre organismo enfermo. Y ansiaba huir, escapar del poderío tremendo de los bracitos rollizos, en la apariencia tan débiles; libertarse de la tiranía de los ojos húmedos; correr, lejos de ella. Pero una dolorosa impotencia, una fuerza desconocida, y sin embargo, latente, le retenía, le encadenaba.

Habíanse retirado á un rincón obscuro, amantes de la sombra, enemigos de la luz anémica del farol, que ahora fulguraba, allá en la entrada de la escalera. En lo alto esplendía la noche con el azul pálido de un cielo de estío, y el titilar imperceptible de las primeras estrellas. Los grillos entonaban su canto misterioso, monótono, que parecía evocar vagas serenatas en castillos fantásticos. Escuchábase el aleteo de las mariposas in-

visibles, negras mariposas que moran en los edificios vetustos. Y hasta el gotear de la fuente, allá en las profundidades del patio, tenía algo de triste, algo de la nostalgia de las cosas amadas.

Linares pensó que era aquel el marco que correspondía á sus amores infames; pero las palabras de protesta brotaron de sus labios convertidas en un beso acre, voluptuoso, prolongado, que estalló en la boca de la joven con el ardor de la fiebre.

De súbito, un resplandor argentado se esparció en el cielo, con lentitud, envolviendo á las estrellas en un vaho luminoso y transparente. Las hojas de los rosales susurraban. El farolillo agonizó, con su llama que parpadeaba; y los muros, las lejanas azoteas, las copas de los árboles que asomaban por encima de las altas paredes, adquirieron un tinte blanquecino, albo, destacándose del espacio.

Eugenio sintió que la chiquilla se escurría de entre sus brazos, deslizándose con encogimientos felinos, riendo, con su eterna risa burlona y pueril.

—Lena, ¿por qué te vas?

Con los cabellos en desorden, arrebolada la carita por el rubor, mostróle ella el cuadro luminoso que se dibujaba sobre el suelo negruzco.

—La luna... ¿Y qué importa?

Alzó la moza el rostro. Era la primera palabra rebelde que salía de boca del cuñado. Y la risa murió en sus labios al ver el semblante descompuesto, enrojecido, de Eugenio, en el cual adivinaba una angustia cruel, un deseo infinito.

—Ven, Lena, ven...—gemía con voz entrecortada y tan baja, que casi se perdía antes de llegar á oídos de ella.

Y avanzó, mientras que la chiquilla retrocedía, riendo de nuevo, esquivándose. Intentó cogerla con sus manos crispadas, y reprimió un grito de dolor al sentir que en sus brazos se clavaba el largo alfiler que brillaba entre los dedos rosados de Lena. Y aquel dolor, aquel castigo de su carne irritada, le enloqueció. Andaba de prisa, sin precaución alguna, siguiéndola.

—Lena, ven...

La perseguía, sin temor á los rayos níveos que le rodeaban, dibujando su silueta alargada y negra hasta el muro de la sala que se elevaba al fondo.

—Ven, Lena...—imploraba plantándose á su lado y retrocediendo al recibir otros pinchazos.

Al cabo se armó de valor. Del montón confuso de pensamientos que ensombrecían su cerebro, sobresalió uno, atrevido: el de estrecharla. Y adelantó con rapidez, reprimiendo una blasfemia. Pero de pronto se detuvo. La chiquilla le miraba con miedo, seria, lívida. Allí, tras del cristal, más allá de la hoja entreabierta, Antoñita cosía, de espaldas á ellos. Arrebujada en el raído chal azul, inclinada, luciendo á la luz de la vela el oro de sus cabellos, permanecía inmóvil. Adivinábase la fatiga de su cuerpecito endeble al verla alzar el rostro, como si una idea persistente la distrajera de su labor.

¿Miraba al cielo que resplandecía á través de la ventana? ¿Miraba al cisne de doradas alas que se erguía en la mesa, trayendo á su mente el melancólico recuerdo del pasado? ¡Quién sabe! Nada descubrió Linares. Por eso, al aparecer ante sus ojos la visión de los amores de antaño, volvióse hacia atrás, y conteniendo el sollozo que le desgarraba, huyó, perdiéndose luego en las tenebrosidades de la escalera, en lo alto de la cual brillaba el farolillo como ojo sangriento.

XI

En el espacio estallaron los primeros cohetes. Luminosas cascadas de oro pálido, de verde, de rojo, de lila, descendieron lentamente, balanceándose. Manchaban el cielo terso con salpicaduras sangrientas, semejando puñados de piedras preciosas lanzadas al vacío. A veces las lucecillas convertíanse en cabelleras inmensas, desmadejadas, que surcaban el firmamento retorciéndose, hasta confundirse y caer transformadas en lluvia de chispas. Después poblábase el azul de un florecimiento extraño. Millares de flores exóticas, multicolores, se esparramaban en todas direcciones, haciendo pensar en una primavera fantástica del cielo, desvaneciéndose al fin en el ambiente incendiado, radioso. Persistente rumor alzábase de la ciudad, huyendo en alas del airecillo fresco y húmedo. Eran gritos confusos, cantos lejanos, estallidos de bombas, gimotear de organillos, ahogadas conversaciones de muchedumbres invisibles, que pisoteaban el arroyo, entregadas al furor de la fiesta nacional.

En la puerta del comedor, Antoñita veía y oía todo aquello con gesto triste, á pesar de su sonrisa. Vestida con su trajecillo de casa, modesto, coquetón, aunque algo raído, movía la cabeza negativamente al escuchar las súplicas de Lena, que, deslumbradora de gracia, al lado de Eugenio Linares, le rogaba con muecas de niña inocente.

—Anda, anímate... Mira que encerrarse en casa el 15 de Septiembre, á nadie se le ocurre.

El mozo, bien trajeado, ostentando en el ojal un